

sufrió importantes modificaciones. En su forma definitiva se reducía á dos reglas principales: todas las coaliciones de patronos y de obreros eran libres, sin que el poder tuviese que averiguar si tenían un fundamento equitativo: en cambio, ese derecho se convertía en delito cada vez que en su ejercicio era viciado por violencia ó manejos fraudulentos, y la acción de la autoridad pública había de limitarse á reprimir esos delitos designados con el nombre general de *ataque á la libertad del trabajo*.

Abierta la discusión el 27 de abril, los discursos revelaron las repugnancias persistentes de cierto número de diputados que, sin grandes esperanzas de cambiar el voto final, tenían empeño en afirmar sus objeciones. La reforma encontró adversarios en dos grupos: en el grupo de los industriales que la temían como peligrosa y en el grupo de los diputados de la izquierda que la rechazaban como insuficiente.

Uno de los miembros más fieles de la mayoría, el Sr. Seydoux, rico manufacturero de Cateau, se hizo el intérprete de las quejas de la industria. En una especie de memoria muy substancial y muy sólida condensó las críticas de sus amigos. Empezó por satirizar la lógica singularísima de los abogados de la ley que, después de haber confesado los desastrosos efectos del derecho de coalición en Inglaterra y en otras partes, concluían pidiendo que ese mismo derecho fuese inscrito en nuestros códigos. En el estado actual los obreros venden su trabajo lo más caro posible y salen de la fábrica cuando quieren. ¿Pueden pedir más? Si quieren la libertad, al menos que la quieran completa. Se concede á los obreros el derecho de concertarse: mas para concertarse es preciso reunirse y el derecho de reunión no existe: sucederá, por consiguiente, que el juez castigará por causa de reunión prohibida al que habrá absuelto del cargo de coalición. Entrando en los detalles de la vida industrial, Seydoux mostraba la dificultad de conciliar el derecho de huelga con el principio de la división del trabajo: en una fábrica de tejidos la voluntad de algunos obreros bastará para determinar la paralización de todos los telares, y las pretensiones, muchas veces locas ó injustas, de un corto número engendrarán la miseria para todos. Empezado un trabajo, hay de parte de los que lo han emprendido una especie de compromiso tácito de acabarlo, y toda interrupción súbita es la violación de un semicontrato. El mayor peligro es el de la presión moral ejercida por los agitadores: pronto habrá *profesores de huelgas* como hubo un tiempo *profesores de barricadas*. Así habló Seydoux en un discurso muy escuchado, aunque leído, é interrumpido con frecuentes aprobaciones.

El Sr. Kolb-Bernard contestó luego con mucho vigor la eficacia del remedio y condenó el proyecto como «inútil, insuficiente y peligroso.»

Este juicio era de un rigor bastante exagerado, pero las más duras expresiones habían de partir de la izquierda. Desde el principio de los debates los diputados de la oposición democrática se mostraban menos atentos á criticar la ley que á observar al que se había constituido en ponente de la misma. Hacía mucho tiempo que, á sus ojos, Emilio Ollivier era sospechoso. Después del decreto de 24 de noviembre éste había hablado de la medida con una mezcla de aprobación y gratitud y

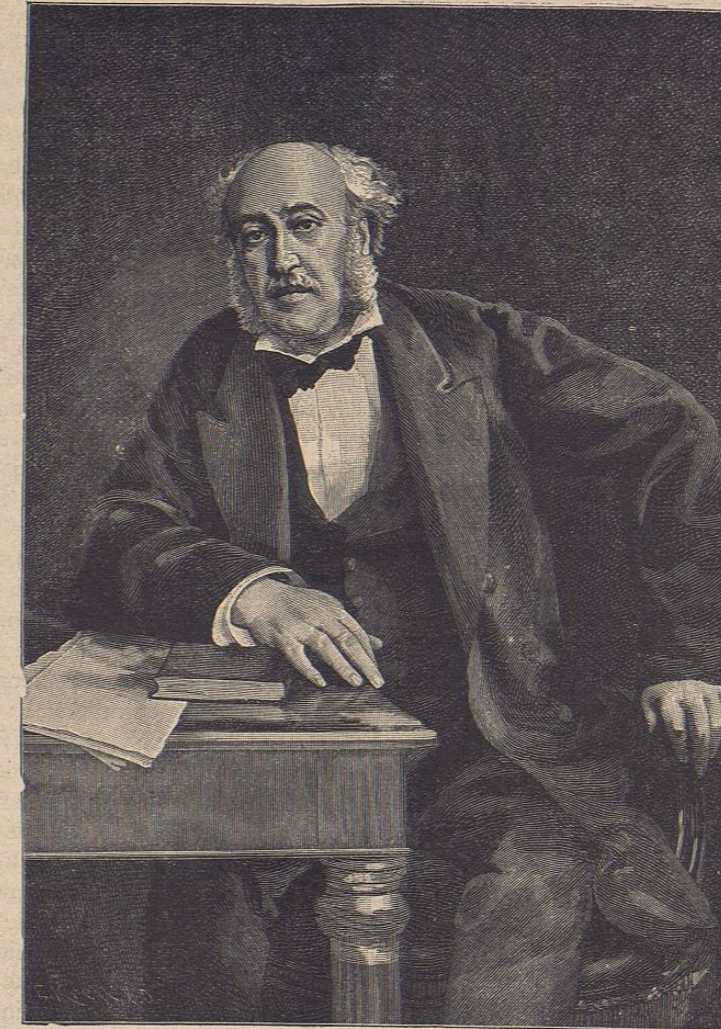
más bien como adversario leal que como irreductible enemigo. Durante el período electoral de 1863 sus actos se habían inspirado en la misma moderación. A propósito de la cuestión polonesa se había separado de sus colegas, desaprobando altamente la insurrección, y esa independencia le había valido las censuras de la democracia. Nadie ignoraba ya sus relaciones con personajes ajenos á su partido y muy especialmente con el Sr. de Morny. Su reciente elección como ponente había parecido el pago de sus consideraciones ó, como decían, de sus debilidades. Sin embargo, los representantes de la extrema izquierda contenían sus recelos, y si murmuraban la palabra deserción era en voz baja. Ollivier, por su parte, conservaba con Ernesto Picard relaciones muy cordiales y se mostraba muy deferente con Julio Favre. Tan pronto como estuvo impreso su dictamen sobre las coaliciones se lo envió á uno y otro en pruebas, como para consultarlos: «Encuentro vuestro dictamen muy notable, aunque demasiado sabio tal vez, contestó Julio Favre. No me ha convertido, pero estoy seguro de que la discusión, al establecer nuestra común independencia, no hará más que fortalecer nuestra alianza estrecha para la defensa de la libertad.» ¡Pronto veremos cuán frágiles eran esas demostraciones recíprocas!

La tormenta estalló al terminar la sesión del 28 de abril. Ollivier se había levantado de su escaño para contestar á sus adversarios de la derecha. En nombre de la lógica, de la equidad y de la libertad, había defendido la ley, procurando, sobre todo, aclarar el cuadro sombrío que los señores Seydoux y Kolb-Bernard habían trazado. Al final de su discurso contestó á una de las críticas de sus contradictores que tachaban de irrisorio el derecho de coalición si los obreros no adquirirían al mismo tiempo el derecho de reunión y el de asociación. «Es un mal modo de obrar el negar un progreso con el pretexto de que es incompleto, dijo Ollivier. ¡Oh!, conozco esa teoría y la he visto descrita con un arte admirable en las memorias de Mallet-Dupán sobre la primera revolución. Es la teoría del pesimismo. Esta consiste, cuando un gobierno desagrada en principio ó cuando no gusta su marcha general, no en aprobar lo bueno y condenar lo malo, como debe hacer todo hombre de honor y de buen sentido, sino en censurar todo, en atacarlo todo, y principalmente lo bueno, porque el bien podría redundar en provecho de los que lo realizan. Así han obrado con harta frecuencia los partidos que se han sucedido entre nosotros. Por eso, señores, ¿qué queda en nuestro país después de tantas agitaciones? Muchas ruinas, muchos discursos grandes y hermosos, y nada de instituciones liberales; y todos, cualquiera que sea nuestro pasado, no podemos menos de sentir con frecuencia habernos dejado absorber por querellas estériles, en vez de haber sostenido á los hombres de buena voluntad que, en una época, se llamaron Roland y Martignac, y más tarde han llevado otro nombre; no haber aceptado las reformas parciales que nos ofrecían y haber sacrificado demasiado á la implacable satisfacción de nuestros rencores personales. Yo, señores, no pertenezco á esa escuela. No soy pesimista, acepto el bien, venga de donde viniere. Nunca digo: «O todo ó nada,» máxima facciosa y terrible, sino: «Un poco cada día.» Hoy la ley sobre las coali-

ciones, mañana la de las asociaciones, y puesto que me piden esta declaración, no vacilo en hacerla: En el acto del gobierno no veo solamente lo que no hay, es decir, el derecho de reunión y el derecho de asociación, sino que veo también lo que hay, es decir, la libertad de coalición.»

De modo que este discurso que al principio no había sido más que defensa del proyecto de ley, terminaba con una manifiesta profesión de fe. Según el orden

ya había empezado por escuchar en silencio y con una curiosidad llena de sorpresa. En muchos bancos se había manifestado luego el asentimiento más caloroso. Al volver á sentarse el orador estallaron los aplausos y se prolongaron lo bastante para transformarse en ovación. Mientras tanto, la estupefacción y la cólera se manifestaron en la izquierda: «La adhesión es completa,» decía en medio del pequeño círculo de sus amigos Garnier Pagés (1).



Julio Simón (de un cuadro al óleo de A. Roll)

del día, los contradictores de Emilio Ollivier eran aún los señores Seydoux y Kolb-Bernard, campeones de la derecha; pero ¿quién no los había olvidado? Por una súbita transformación había cambiado el terreno del combate, y el orador retaba en él á adversarios nuevos que aún no se habían quitado la máscara. En las palabras que el ponente acababa de pronunciar no había una sola dirigida á la izquierda; pero aunque no se la nombraba en ninguna parte, no había una sola palabra que no la designase, ni un solo flechazo por el cual no pudiese sentirse herida. Ollivier trazaba claramente á la oposición dos caminos: uno estrecho, limitado, sin salida, y el otro ancho y fecundo que se orientase hacia la libertad y el progreso: abandonaba el primero á los que aún llamaba sus amigos, y muy resueltamente, aunque tuviese que ir solo, emprendía el segundo. La ma-

En la oposición democrática la noche siguiente fué llena de agitación y de conciliábulos confusos. Al día siguiente, al principio de la sesión, Julio Simón tomó la palabra. Había formado parte de la comisión al lado de Ollivier, había combatido á éste varias veces, y entre estos dos hombres iguales por el talento reinaba una emulación que rayaba en envidia. Julio Simón desplegó en su discurso su ordinaria flexibilidad de espíritu, pero con un tinte de emoción vibrante que revelaba la animación de las almas. Cada argumento en sus labios era como un doble golpe que á la vez alcanzaba á la ley y al ponente. Intérprete de las censuras de su partido, formuló contra el proyecto un doble cargo. El derecho de coalición, sin el derecho de reunión, sin el

(1) Darimón, *Le Tiers-parti sous l'Empire*, pág. 149.

derecho de asociación, no era á sus ojos más que una facultad engañadora é irrisoria: tal era el primer cargo. El segundo emanaba de la naturaleza misma de los delitos, tan mal definidos, decía él, y tan vagos, que se prestaban á todas las interpretaciones de los jueces. Lo que había dicho Julio Simón, lo repitió Julio Favre, pero con superabundancia de acerbidad. Como juriconsulto acostumbrado á manejar los textos, insistió, sobre todo, sobre la inculpación de *manejos fraudulentos* inscrita en la ley. «Con semejante redacción me comprometía, si yo fuese magistrado del ministerio público, á encontrar en cualquier huelga los elementos de un delito.» «La comisión, continuaba diciendo con mayor ironía, ha supuesto una coalición teórica, una coalición de sabios, y es la única que se podrá manifestar libremente.» El verdadero adversario era el ponente. Como Emilio Ollivier había citado las memorias de Mallet-Dupán, Julio Favre habló también de este hombre que, dijo el orador con una intención cruel, «después de haber servido á los emigrados, les hizo traición.» Rechazó vivamente el cargo de «rehusar el progreso por odio á la mano que lo otorga,» y terminó con una breve y altiva lección: «Hay en política, dijo, dos escuelas, la de los principios y la de los expedientes: con la segunda no se funda nada, y nosotros pertenecemos á la primera.» Así habló Julio Favre. ¿Era la ruptura? Pudo ponerse en duda todavía cuando se oyó la contestación de Emilio Ollivier, contestación tranquila y cortés, aunque algo más nerviosa que de costumbre. Procuró más bien suavizar que acentuar sus primeras declaraciones; hablando de Julio Favre, le llamó su *elocuente amigo*; cuidó mucho de mantenerse en el terreno judicial y concentró todos sus esfuerzos para la defensa de la ley. Apenas se hubo sentado otra vez cuando se le acercó Ernesto Picard y le habló en términos llenos de una afectuosa emoción, y aquel coloquio, observado con atenta curiosidad, pareció señal de tregua y quizá de reconciliación. Pero dos días después, á propósito de la discusión de los artículos, Julio Favre volvió á hacer uso de la palabra, y lejos de restañar la herida, procuró encontrarla: «Es preciso, dijo al terminar, que cada cual tenga el valor de su opinión. Rechazamos el equívoco. Se ha apelado á amistades que las personas conservan, pero que no pueden determinar cambio alguno en las opiniones. Es preciso que se nos diga cómo se han abandonado antiguas convicciones proponiendo hoy lo que las contradice en absoluto.» Exasperado, Emilio Ollivier no ocultó ya su «doloroso asombro.» «La historia se confundirá, contestó, cuando compare la ley con las críticas que ha tenido que soportar.» Momentos antes de terminar la sesión Julio Favre lo encontró en los pasillos y le tendió la mano, pero él le replicó duramente sin darle la suya: «No estamos en el Palacio de Justicia.» Apenas había pronunciado estas palabras cuando se arrepintió y fué en busca del que durante tanto tiempo había sido el jefe de su partido y el compañero de sus luchas. Pero Julio Favre estaba ya demasiado lejos para que Ollivier pudiese alcanzarlo. Entre los aliados de ayer podía haber todavía algún secreto deseo de unión, algún secreto pesar por la ruptura; pero, á pesar de la persistencia de ciertos lazos personales, la separación política se había consumado.

En medio de esos incidentes llegó la hora del escru-

tinio. Treinta y seis sufragios se pronunciaron contra el proyecto. Esta minoría, bastante considerable para los tiempos que corrían, comprendía al grupo democrático entero, á excepción de Ollivier y Darimón. A los miembros de la izquierda se habían unido, aunque por motivos contrarios, la mayor parte de los industriales de la Cámara y los señores Seydoux, Pouyer-Quertier, Wendel, Martel y Lambrecht. Entre los que se abstuvieron de votar llamaron la atención los señores Thiers y Berryer. El resto de la asamblea votó la reforma, pero con más resignación que entusiasmo. Muy deseosos de hacer algo en favor de las clases obreras, los diputados de la mayoría no se sentían tranquilos. Temían las huelgas y sus desórdenes; de ahí toda clase de reservas, toda clase de aspiraciones más bien esbozadas que desarrolladas. Varios diputados declaraban sentir que la libertad de asociación, prudentemente ensayada, no fuese el punto inicial para el desenvolvimiento de todo lo demás. Otros recordaban los antiguos lazos corporativos y hubiesen deseado que las leyes ó las costumbres hubiesen reconstituído algo de ellas. Algunos ponderaban el sistema de la participación en los beneficios, sistema más eficaz que otro cualquiera, decían, para establecer y consolidar la unión entre patronos y obreros. Durante la discusión que acababa de terminar, tal situación de espíritu había sido interpretada, en forma más sugestiva, por un diputado nuevo, el Sr. Buffet. Nada más curioso que su arenga, fiel resumen de todos los méritos y de todas las lagunas de la ley. No hay elogio que en ella no sea atenuado por una crítica; no hay esperanza que no se mezcle con algún temor. Buffet, individuo de la comisión, siente que sus enmiendas no hayan sido adoptadas por el gobierno y por sus colegas, y que la Constitución no permita volverlas á presentar. Hubiera deseado que los obreros fuesen más instruidos, más aptos para usar de sus derechos. Considera que, en el presente, la ley aportará á la industria más duras pruebas que ventajas; pero añade en seguida que la experiencia ilustrará más tarde á obreros y patronos. Insiste sobre las promesas del discurso de la corona, promesas que no pueden menos de cumplirse: «A pesar de mis dudas, á pesar de las ansiedades de mi espíritu, termina diciendo, considero que el partido más prudente, el más conforme con el interés social, consiste en votar el proyecto.» Hubo algo más notable que el discurso en sí, y fué la acogida que la mayoría le reservó. A estas palabras de adhesión, pero de adhesión cohibida, la asamblea contesta con aprobaciones reiteradas. Terminada su peroración, muchos de sus colegas acuden á felicitarlo; la sesión queda de hecho suspendida, y la interrupción se prolonga al extremo de molestar un poco á Morny. «Si nos detenemos después de cada discurso, no acabaremos nunca,» dice el presidente. El Cuerpo legislativo encontraba en Buffet la fiel expresión de sus propios pensamientos y le agradecía que hubiese marcado de antemano con entera franqueza la verdadera significación del voto.

El disentiimiento político surgido de la discusión no se había apaciguado, y el ruido de la querrela dominaba á todos los demás. La ley de las coaliciones marca una fecha memorable en la historia de los partidos. Desde esta fecha el antiguo grupo de los *Cinco* se halla para siempre disgregado, y ya en los conciliábulos de

la oposición irreductible se empieza á denunciar lo que se llama la *traición de Emilio Ollivier*. Entonces empieza también el extraño destino de este personaje, desautorizado por la oposición sin ser autorizado por el gobierno, demasiado orgulloso para dejarse recoger por la mayoría y demasiado débil para dominarla, sin camarilla ni partido á su servicio, cautivando á veces á sus colegas con la bella sinceridad de su elocuencia, pero sin obtener más que pasajeros triunfos que se desvanecían con el eco de su voz. El patronato de Morny oculta al principio su aislamiento, y de las entrevistas de estos dos hombres nacen algunos proyectos de acción común. Pero los días del alto protector están contados, y su muerte vuelve á dejar en la soledad al que no cuenta con otro aliado. En los años siguientes se le verá desdeñosamente rechazado por sus antiguos amigos que se complacen en pronosticar su impotencia, furiosamente atacado por los imperialistas autoritarios que, para cerrarle el camino, hacen buena guardia en torno del soberano y sordamente combatido por los agentes del poder que en él temen un sucesor. Los diputados que, reunidos en el centro izquierdo ó dispersos por los bancos del centro, aspiran á fortalecer la libertad, no le prestan más que un apoyo reservado; pues esos hombres de buena voluntad, liberales en materia política, son muy conservadores en todo lo demás: por esta parte difieren de Emilio Ollivier, tan demócrata como liberal, independiente de toda creencia positiva aunque muy aficionado á los estudios religiosos, y entusiasta por la teoría de las nacionalidades; y esas divergencias, que nunca se borrarán del todo, hacen la inteligencia algo difícil y precaria. Sin embargo, en su puesto solitario, este hombre llama tanto la atención como cualquier jefe de partido, y de cada uno de sus discursos se recoge con un cuidado atento todo lo que señala los progresos ó la disminución de su influencia. Así es que la fortuna le regatea sus triunfos, se acerca ó se aleja sucesivamente de él, le quita varias veces el

poder en el momento en que va á alcanzarlo, y no se decide hasta muy tarde y como de mala gana á coronarlo.

Y no lo corona sino para precipitarlo de mayor altura, y esa elevación, tan próxima de la catástrofe final, parece irrisión de una suerte cruel. Todo esto pertenece á la última parte del reinado y lo referiremos con la debida extensión más tarde. En la época en que nos encontramos, nadie hubiera podido adivinar, ni presentir, ni sospechar siquiera la trágica magnitud de los desastres futuros. Sin embargo, mientras se desarrollaban los acontecimientos interiores que acabamos de reseñar, las complicaciones se acumulaban en el exterior, bastante numerosas y bastante graves para despertar una solicitud ansiosa. Continuábamos en México la fundación de un Imperio que, á pesar de todos nuestros sacrificios, había de ser precario; imperio que más tarde no habíamos de poder sostener sin agotar nuestras fuerzas ni abandonar sin comprometer nuestro honor. En el viejo continente, el espectáculo era aún menos tranquilizador para todo el que sabía penetrar más allá de las apariencias de las cosas. El gran peligro no era ya Italia, aunque seguía turbada é inquieta. En el Norte de Europa se había encontrado un imitador de Cavour, y en aquel año de 1864 la Prusia, segura de Rusia gracias á sus complacencias en los asuntos de Polonia, experimentaba sobre la honrada y débil Dinamarca el grado de violencia que toleraría Europa. Seguía el Austria, hoy cómplice y mañana víctima. La atención pública se dividía entre México, en que batallaban nuestros soldados, y la Europa septentrional, en que se laceraba el antiguo derecho. Nuestra narración ha de emprender este doble asunto. Diremos, en primer lugar, los destinos del joven emperador de México y sus cortos deslumbramientos seguidos de largos desastres. Luego, del mismo modo que referimos en su tiempo y lugar el origen y la formación de la unidad italiana, referiremos el desarrollo de las ambiciones prusianas, triste asunto que no dejará de atormentarnos.